

dio para todas necesidades, alivio de los trabajos, consuelo de las tristezas, paga de cuanto me debes, mediador para tus peticiones, tesoro para cuantos bienes supieres desear. Y pues en El has de hallar cuanto tengo y cuanto has de menester, todo te lo doy y todo quiero que sea tuyo. Mira, hombre, cómo te amo, pues por ti no perdono á mi Hijo; mira lo que me debes, y que no quiero de ti más paga sino que en todo te aproveches de El, le ames y le imites.

¡Oh Padre Eterno! Infinitas gracias os doy por esta caridad inmensa que me mostráis. Bien sé que por todas estas mercedes os contentáis sólo con que yo me entregue todo á Vos; mas ¿quién soy yo para que me queráis mirar y llenar de tantos bienes habiendo sido siempre pecador? Mas pues vuestra infinita caridad me franquea ese tesoro, yo le acepto de vuestra mano paternal, con él me contento, á él os le ofrezco por todos cuantos males en mí hay. Acordaos, Padre Eterno, que por Ezequiel os quejabais de no hallar hombre que se pudiese mediador ante Vos y contuviese vuestra ira, por quien derribaseis el muro de pecados que nos aparta de Vos: *Ecce Homo*, veis aquí, Dios mío y Padre celestial, el hombre que en todo hizo vuestra voluntad y que por nosotros se halla así llagado. Y pues en El os complacéis, mirad á El, y por El y con El recibídmelo. Yo os le ofrezco con toda su sangre, tormentos y merecimientos; con El y en El me entrego á Vos desde ahora para siempre. Perdonadme por El mis males; alentad por El mi flaqueza; alumbrad por El mi ignorancia; curad mis llagas, enfervorizad mi tibieza y tomadme siempre por vuestro. No se pierda en mí, Dios mío, esta preciosa sangre, pues fuera de El soy perdido, fuera de El muero, sólo en El vivo.

También el Hijo de Dios, aunque callado, te habla con su sangre y con todo cuanto ves en El, y te dice: *Ecce Homo*. Ya no puedes decir con el parálitico, que no tienes hombre que te lleve á la piscina y te sane. Mirame aquí por ti convertido en piscinas de sangre para tu remedio. Sin que lo merecieses ni me lo pidieses, hice tanto por ti, y aún he de morir en una cruz. ¿Por dónde andas cuando no andas tras de mí? ¿Qué buscas cuando no me buscas á mí? ¿Qué amas cuando á mí no me amas? ¿Qué amigos hallarás como yo? ¿Qué hermano, ni qué Padre hará por ti lo que me ves hacer? Mira que estimé más tu remedio y tu provecho, que mi honra y mi vida. Ven á mí, que yo te abrazaré, aliviare, colmaré de bienes, de amor y de felicidad. ¡Oh mi Jesús, amigo verdadero de mi alma, ¿quién siempre os amara, quién nunca os ofendiera ni se apartara de Vos? Yo soy el hombre que teniéndos por mí os deseché, no puse en Vos mi amor, ni mi esperanza; fundéme en la vanidad y amé lo que aborrecéis; pero, mi suavísimo Jesús, ¿cómo podré desconfiar de esas entrañas de amor, siendo Vos quien sois? ¡Oh todo mi bien! Veis aquí el hombre por quien os hicisteis Hombre; veis aquí el miserable por quien tanto padecéis. El amor que á tanto os llevó por mí, no se ha acabado; tanto arde en Vos ahora como siempre. Por él os pido que me perdonéis los ye-

ros pasados, y de aquí adelante me haréis otro transformado en Vos, Alma, cuerpo, fuerzas, honra, vida y todo cuanto de vuestra mano recibí, os ofrezco, y en vuestras manos pongo aun mis pecados, miserias y necesidades para que las remedéis; en todo y de todo haced lo que ese amor y esas llagas os piden. Tan miserable y ciego me hallo, que ni aun sé lo que me conviene, ni pedirlo; hable por mí lo mucho que me amáis y lo mucho que por mí padecisteis, porque yo no acierto más que á ofrecermelo y entregarme á Vos, mi Jesús, mi Dios, mi amor y mi verdadero amigo.

¡Oh Madre de Dios santísima, que en esta hora visteis á vuestro único Hijo como cordero entre lobos, tratado tan deshumana y cruelmente, y vuestras entrañas fueron traspasadas de dolores inmensos! Por ellos os ruego que los vuestros y de vuestro Hijo no se aparten jamás de mi corazón, que me mudéis todo en hombre nuevo y en servicio y amor suyo y vuestro. ¡Oh ángeles del cielo, ciudadanos de la soberana corte, á quienes el amor, sangre y merecimientos de este Señor hicieron tan ricos, gloriosos y exentos de nuestras miserias! Compadeceos de este miserable desterrado, faltar de todos los bienes, y alcanzadme por vuestra intercesión que desde ahora para siempre corresponda yo con amor y fiel servicio á cuanto el Señor demuestra en este paso. Amén.

TRABAJO XLI

Sentencia de muerte.

VIENDO Pilatos la deplorable figura en que el Señor quedó de los azotes, corona de espinas y escarnios que le habían hecho, se persuadió (como dijimos) que, mostrándole así al pueblo, conocerían su inocencia, moviéndolos á compasión, para que todos desistiesen del empeño de quitarle la vida; pero no le sucedió como pensaba, porque es propio de los que hacen mal por pura envidia, malicia y aborrecimiento, que si logran sus primeros ardores, no se satisfacen con cuanto vean en aquel á quien pretenden dañar, antes el buen suceso en el principio les da alas para llevar hasta el fin el mal que le desean hacer. Así, la demostración que Pilatos quiso hacer en el Señor para manifestar su inocencia y quebrantar la furia de sus enemigos, dió mayor ocasión para la terquedad en condenarle á muerte; pues viendo que meliéndolo á voces y amotinando al pueblo obligaron á Pilatos á que le mandase azotar, y le habían torcido para que consintiese en tratarle tan injuriosamente, se persuadieron de que estaba ya la causa en buen estado y sería muy fácil concluiría, precisándole á que diese la sentencia de muerte. Por tanto, cuando Pilatos les mostró al Señor para que viesan su inocencia, no dieron más respuesta que *quítale, quítale, crucifícale, crucifícale*. Pilatos dijo: *¿Pues qué mal ha hecho para crucificarle?* Todos, sin buscar más razones, á carga cerrada prosiguieron en gritar: *crucifícale, crucifícale*. Y tres veces que Pila-

los insistió en buscar causa para la sentencia, no le dieron otra respuesta que *crucifícale*.

Ciertamente es cosa que espanta ver tales sucesos; pero como la masa de la naturaleza corrompida es una en estos y en nosotros, se ve dibujada al vivo lo que es su condición en aquello á que se halla torcida y determinada. Acaba un alma de pedir auxilios contra sus tentaciones, llorar sus pecados y castigar por ellos el cuerpo; y cuando piensa hallarse muda, experimenta de nuevo tan vivas inclinaciones al mal, y el cuerpo vuelve á pedir sus brutalidades tan desenfrenadamente, como si le fuesen debidas y el alma no las hubiese llorado. Los muy acostumbrados á vicios experimentan cada día este trabajo; porque unas veces tocados de inspiración interior, otras movidos de palabras de Dios que oyen ó ven, otras convencidos de la razón, de la honra ó de los amigos para conocer sus males, puede en ellos tanto el gusto del pecado y el frenesí de la mala costumbre, que se hallan tan enteros y sin mella como si tuviesen á su favor la razón, la conciencia y la ley divina y humana; según lo cual, si abrimos los ojos de la razón no nos enseñan menos los males de estos perversos para conocer la propensión de nuestra naturaleza, y tener miedo de nosotros, que los ejemplos y virtudes del Señor para encontrar en ellos remedios de nuestros males.

Enfadado Pilatos de tanta sinrazón y contumacia contra la justicia, les dijo: *Recibidle vosotros y crucifícale, que yo no hallo en El culpa*. Entonces se valieron los judíos de un nuevo arbitrio con que amedrentar á Pilatos, diciendo: *Nosotros tenemos ley, según la cual es reo de muerte, pues tuvo atrevimiento de hacerse Hijo de Dios*. Pilatos, persuadido á que por pura envidia acusaban al Señor, y por otra parte maravillado de ver su modestia, silencio y sufrimiento entre tantos contrarios y tan crueles tormentos, no sólo le tenía por inocente, sino que al oír que se hacia Hijo de Dios puso los ojos en El, en su mansedumbre de cordero, ejemplo de constancia y fortaleza soberana, y empezó á sospechar si aquella persona sería más que humana, que anduviese encubierta entre los hombres. Vendriasele también á la memoria lo mucho que había oído hablar sobre sus virtudes y milagros. Con este motivo volvió á meterse dentro con el Señor, para informarse de El y conocer más individualmente quién era. Importa mucho apurar las aficiones del alma, sus esperanzas y conatos; porque las cosas nunca nos parecen lo que son, sino conforme á la buena ó mala afición que prevalece; por lo cual una misma cosa, que la limpia y buena intención juzga virtud, sirve de ponzoña para la mala. El malicioso juzga hipocresía lo que otro toma por ejemplo para la imitación. La honra da gusto al amigo, por ver lo que desea en aquel á quien ama; el que le aborrece tiene dolor y envidia. Cuantas muestras dió el Señor de quién era por medio de sus virtudes y milagros, movían á los duros corazones de sus enemigos para tenerle por hechicero; pero sólo el rumor de ellas, con el ejemplo de

paciencia que mostraba entre tantos trabajos, hacían recelar á Pilatos si era más que hombre. Por eso, estando á solas con el Señor, le preguntó de dónde era, significando en esto si venía del cielo ó si era virtud divina. No respondió el Señor; y Pilatos, que le miraba bien y deseaba librarle, le dijo: *¿Pues qué, á mí no me respondes? ¿No sabes que tengo potestad para librarle y para crucifícarte?* Aquí se condenó Pilatos á sí mismo, preciándose de que podía hacer justicia y no la hizo, pues al fin dió sentencia contra toda justicia. Respondió el Señor: *No tuvieras sobre mí potestad alguna si de arriba no te fuera dada. Por tanto, en esta causa miá es mayor el pecado del que me entregó á ti*.

Si Pilatos tuviera más luz, pudiera conocer que este Señor era más que humano, pues no sólo le declaraba que sus cosas pendían de consejos eternos, sino que, como Juez universal y perfecto conocedor de la malicia de cada uno, pesa la mayor ó menor gravedad de las culpas; y si hubiera más capacidad para ser deslumbrado, pudiera conocerse más al Señor por su respuesta. Pero en ella no quiso significar que por estar ordenado en el cielo que Pilatos fuese el juez que le sentenciasé á muerte, por eso era su pecado menor que el de los judíos; porque también en aquel celestial consejo estaba decretado que los ministros de esta muerte fuesen los judíos. Y la Divina Providencia, que permite los males para sacar de allí los bienes que pretende, así como no es causa de los males, tampoco son menores por permitirlos, porque la mayor ó menor gravedad pende de la mayor ó menor malicia de la voluntad; y como la de los judíos en procurar la muerte del Señor era mayor que la de Pilatos en condenarle importunado por sus motines, por tanto fué mucho mayor el pecado de los judíos que el de Pilatos, aunque todos pecaron. Crecía la malicia de los judíos por las muchas mercedes que de este Señor habían recibido en sus doctrinas y milagros, y ser el Mesías prometido en la Ley, á quien no quisieron recibir y en todo le resistieron con mucha terquedad. A Pilatos todo esto le faltaba, y por eso era menos grave su pecado. En esta respuesta del Señor se incluye también el fundamento de la paz interior y consolación de los justos en medio de las tentaciones y trabajos que padecen, y con que son probados; porque creyendo firmemente que cuanto les sucede está determinado en el cielo con eterno, sabio y amoroso consejo, no miran á la malicia humana ó diabólica que los persigue, sino al amor divino que los gobierna, sacando de todo bienes, y, por tanto, se rinden con amor, sujeción y obediencia á la divina mano de donde proceden, y así viven quietos y consolados.

No disgustó á Pilatos la respuesta del Señor, y aunque no entendió que era verdadero Hijo de Dios, se persuadió de que quien en trabajos tan excesivos tenía puestos los ojos en el gobierno del cielo, sin duda era tal, que injustamente le acusaban, y se determinó mucho más á librarle de la muerte. Entendiendo los judíos su determinación, y que no hacía caso de lo que le decían sobre

hacerse Hijo de Dios, volvieron á la primera acusación de que se hacía Rey, y amenazaron á Pilatos con la deslealtad del emperador su señor, diciéndole: *Si sueñas á Este bien muestras que no eres amigo del César, pues proteges al que se quiso hacer Rey; sabiendo que, quien esto pretende en el territorio de su dominio, le es contrario.* Aquí se acabó de rendir Pilatos á la porfía judaica, aunque tenía por imaginaria aquella culpa; pero ordinariamente los cortesanos y cuantos penden de la gracia de los príncipes, no tienen toque más firme que su amistad, y vale entre ellos más que toda razón y justicia, siendo materia en que no sufren ni seriedad ni burlas; y permite el Señor que se acaben de perder por los mismos por quienes siempre se matan, como sucedió á Pilatos, que tocándole en este punto (que en la gente de su clase es el más activo), porque no quedase entre el pueblo el más mínimo rumor de poco atento al obsequio del César, se dejó vencer de la envidia y malicia de los judíos para condenar al que, sin duda, tenía por inocente.

Sentóse, en fin, en su tribunal, donde acostumbraban publicar las sentencias, trajo otra vez á Cristo delante de los judíos, en la misma figura y traje con que antes lo había manifestado, y les dijo: *Veis aquí vuestro Rey*, zumbándose de ellos y del pretexto que tomaban para darle muerte. Gritaron todos de nuevo: *Quita, quita, crucifícale, crucifícale.* Pilatos, burlándose de nuevo, les dijo: *¿He de crucificar á vuestro Rey?* Respondieron: *No tenemos más rey que al César; y Dios, que en todo guarda justicia, les cumplió hasta hoy aquel trueque; que pues le dejaron á El, su verdadero Rey, prometido en la Ley y venido del cielo, por otro rey de la tierra, viven sin patria y sin rey, esparcidos y despreciados de toda nación, ciegos, sin conocimiento de Dios, como los vemos y veremos hasta el fin del mundo.* Mandó Pilatos traer agua y se lavó públicamente las manos, diciendo: *Yo protesto que estoy limpio de la sangre de este Justo, y no tengo parte en su muerte; vosotros lo veréis; allá os avenid, y quede todo sobre vosotros.* Respondió el pueblo, ciego é ignorante: *Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

Dos cosas muy ordinarias y mal entendidas vemos aquí, y lo peor es que, siendo tan antiguas, las vemos renovadas á cada hora: una es que no son menos vergonzosas, bajas y débiles las justificaciones con que nos contentamos para juzgarnos libres de grandes culpas, que ellas mismas; y á veces, siendo autores y reos de ellas, echamos la culpa al demonio, á la flaqueza de la carne, á la mala ocasión ó cosa semejante que ayuda ó favorece al pecado, y creemos que, cometiendo la culpa, quedamos descargados. Pero muy diversa sentencia y justificación hallaremos en el juicio divino, donde la voluntad del libre albedrío, que puede resistir y no resiste, monta más para condenar que los demás achaques para libertar. No dejó Pilatos de perderser con todo su lavar de manos, que le aquietó, echando la culpa á los judíos; pues él mismo había dicho que po-

día hacer justicia ó quebrantarla. La otra cosa es, cuán ligero parece al tiempo de la culpa el mal, en que el hombre consistente por cumplir su gusto, y después al tiempo de pagar es tan pesado que lleva á cierta perdición. Y así es verdad, que no tenemos mayores enemigos ni más injustos mediadores de trabajos por cumplir gustos que nosotros mismos; porque sin consideración nos metemos en unos tan grandes, que no hay fuerzas humanas para salir de ellos. Cosa bien ligera pareció á los judíos tomar sobre sí y sobre sus hijos la sangre del Hijo de Dios; mas su gravísima ceguedad lo paga, y su perpetua condenación lo sentirá.

Mandó Pilatos soltar á Barrabás, á quien el pueblo pidió, y sentenció á muerte á Jesucristo, entregándole (como dice San Lucas) á la voluntad de sus enemigos. Había dos ladrones condenados á muerte, y se dispuso que en aquel mismo día fuesen ajusticiados al lado del Señor; y según leemos en algunas historias, era costumbre publicar á voz de pregonero las sentencias de muerte en el mismo tribunal donde se daban; y así aquí levantaría el pregonero la voz, publicando á todo el pueblo la sentencia de que Jesús de Nazaret fuese muerto en cruz por quererse hacer Rey de los judíos contra la ordenación de los romanos, y que con El fuesen ajusticiados los dos ladrones. Por cuya sentencia quedaba el Señor como rey de ladrones, que quería robar el reino. La cruel y mortal voz del pregonero fué oída con muy diferentes sentimientos, pues los enemigos del Señor la recibieron con grandes aplausos y muchas aclamaciones á Pilatos. Los amigos y su sacratísima Madre quedaron traspasados de dolor; el inocentísimo cordero levantó al cielo los ojos y corazón penetrado del natural sentimiento de semejante injusticia, y ofreció al Padre aquella hora y trabajo indecible, con muchas lágrimas, por la salud del género humano, y aceptó nuevamente con infinito amor la muerte, sin hablar, sin resistir, por la obediencia de su Eterno Padre. Cada una de las circunstancias que hubo hasta dar la sentencia, era (como se ha dicho) un nuevo tormento para Cristo; porque todo lo sentía con el peso que cada cosa merecía. Sentía la ingratitude de aquel pueblo; sentía que le desechasen por Rey, sometiéndose al cautiverio de príncipes de la tierra, estando El allí para librar á todos; sentía que tomasen su sangre sobre sí y sobre sus hijos, y que viniese á serles sentencia de perdición la misma que por ellos se derramaba; sentía el desconsuelo de sus amigos y el festejo de los enemigos; sentía verse condenado á muerte tan contra justicia; mas pasó por todos estos males de trabajos para mostrarnos lo mucho que nos amaba, dando por nosotros la vida, que es lo más estimado de todos los mortales.

Ni debe pasar sin consideración y agradecimiento que el Señor ordenase que su muerte no fuese sentenciada por voluntad de Pilatos, sino pedida por el pueblo y por aquellos mismos por quienes moría; y aunque no estábamos allí todos los pecadores, le ocasionamos la muerte con nuestras malas obras, que el Padre Eterno

tenía muy presentes; y como pedían justicia contra nosotros, recayó sobre el Señor que se había obligado á pagar por todas nuestras culpas. Así dice San Pablo de los que pecan, que vuelven á crucificar otra vez al Señor y deshonrarle, porque vuelven á renovar la causa de su muerte. Quiso, pues, el Señor, que como aquella era para nosotros, fuese pedida generalmente por el pueblo, en persona y nombre de todos los pecadores, á fin que cada uno de nosotros pueda correrse de lo mal que por su parte trató al Señor, y le paguemos con amor, empleando las fuerzas, alma, obras y vida en su servicio. Y pues su muerte había de ser remedio de nuestra vida y perdón de la causa que á ella damos por nuestros pecados, aceptó que el género de ella fuese á nuestra elección, para asegurarnos de que si para morir por nosotros le hallamos cual queremos, ¿cómo le encontraremos para vivir con Él? Todo esto son obras del infinito amor con que nos ama, y seguridad que nos da de sí para siempre que queramos; porque un Señor que quiso remediarnos con muerte escogida por nosotros, sin duda no nos dará trabajos, ni muerte sino para principio de la vida eterna.

EJERCICIO DE LA SENTENCIA DE MUERTE DE CRUZ

¿Quién ha de tener corazón para oír la cruel sentencia de muerte contra Vos, vida verdadera de las almas y rica esperanza de todos los bienes de los pecadores? ¿Cómo puede haber en corazones humanos, que viéndoos tan llagado y atribulado, en lugar de compasión pidan que os den la muerte, y todos clamen diciendo: ¡Quitale de nuestros ojos, quitale y clávale en una Cruz! Oh Pilatos, quitale de ahí, apártale de los ojos de esos ciegos, y muéstramele á mí, que yo le recogeré, yo le curaré, yo le serviré y yo le adoraré. Venid Vos, Dios mío, á mí, que os deseo y os busco; con Vos me contento; así como estáis llagado entrad en esta alma, vivid en ella y yo moriré por Vos. Pero, oh Redentor mío, perdonadme, que yo soy peor que esa gente que no os conoce, y por eso no os puede ver; y yo con creer en Vos, y adoraros por quien sois, muchas veces no os quise ver, ofreciéndoos Vos á mi corazón para que conociese las maldades de que gustaba y me apartaban de Vos. ¡Oh cuán miserable fui todo el tiempo en que no os tuve delante de mis ojos, por hacer lo que os motivó esta muerte! Mudad esto, Señor, ahora, en que nunca salgáis de mi corazón, en llevar siempre tras de Vos mis ojos, mi deseo y amor, pues sólo el teneros siempre delante, y tener en Vos mis ojos interiores, es mi remedio y salud de mis males; porque en Vos, vida verdadera, resucitado de mis muertes; en Vos, misericordia eterna, se curan mis miserias, y en Vos, bienaventuranza soberana, se alivian los trabajos de mi destierro.

¡Oh fuego de eterna caridad, que siempre arde y nunca se consume! ¿Qué invención nueva es esta del infinito amor que nos tenéis, en querer que los mismos por quienes moris escojan la muer-

te que os han de dar? Ya mis pecados se hallaban presentes á vuestro Padre, y gritaban con esos malos hombres pidiendo justicia contra Vos, que os quisisteis hacer mi fiador y pagador por ellos, pues yo no los podía satisfacer. ¡Oh ardentísimo fuego de amor eterno, tan entregado á cuanto me conviene, que permitis juzgue y escoja yo á mi voluntad el remedio, y tan dispuesto os halláis para remediarme con cruz, como con cualquiera otra muerte cruel que os quisieren dar! El que así se entrega á morir por mi voluntad, ¿cómo ha de apartarse de mí, cuando yo le quisiera para amar y servir? ¡Oh riqueza infinita del cielo, descanso y alivio verdadero de mis trabajos, que tan liberal estáis de Vos, ya que en esto no queréis otra cosa sino que os tenga por mío, y os abrace y posea! Desde ahora para siempre os acepto y os tomo por mi único soberano y rico bien; por Vos renuncio y pongo en vuestras manos todas mis cosas, y tengaos yo á Vos, que solo me bastáis, solo me podéis satisfacer, y sólo Vos me podéis consolar.

¡Oh Criador mío y Redentor copiosísimo! Ya que quisisteis pagar por mí con vuestra muerte al Padre Eterno, y yo os quedo por justicia obligado, echad mano de mí, no me soltéis ni quitéis esta obligación de ser vuestro; atadme á vuestro servicio y prendedme á Vos; pues la justicia me hace vuestro, vuestro quiero serlo por amor y voluntad; un rincón de vuestra casa es para mí mayor bienaventuranza que toda la abundancia de esta vida. Mas ¿qué digo abundancia? Todo es hambre, todo pobreza, todo miseria y desventura en no siendo vuestro. ¡Oh, si llegase ya esta prisión! ¡Oh, si nunca me viese apartado de Vos! Triste de mí, ¿quién me aparta un solo instante de vuestra presencia y sujeción? ¿No fuera mejor que hubiese muerto antes? Vos sois mi Criador, yo vuestra criatura; Vos mi Redentor, yo vuestro cautivo redimido; Vos mi fiador y principal pagador, yo vuestro deudor obligado; á mí mismo me doy para siempre.

Oye, alma pecadora, esta cruel voz del pregonero, en cuyos gritos suena: Manda Pilatos que Jesús muera crucificado por traidor y falso Rey, y que ajusticien con Él á dos ladrones. Mira el dolor que sentiría aquella humanidad sacratísima al oír aquella cruel sentencia; oye la gritería, el festejo del pueblo y el gusto de los enemigos del Señor, en ver ya cumplidos sus deseos; la prisá de aparejar la cruz, y al Cordero Jesús entre todo esto callado, y que padeciendo en todos sus sentidos mortales tormentos, ni aun á sus oídos quiso perdonar, sino que oyesen el pregón de la mortal y cruel sentencia. ¿Cómo vivo, Señor, viendo lo que veo, y oyendo lo que oigo? ¿Cómo no me deshago en lágrimas, en dolor y amor vuestro? ¿Vos, Rey del cielo, sois falso Rey? ¿Vos, fidelísimo Redentor de las almas, sois traidor? ¿Vos, liberalísimo repartidor de todos los bienes, sois capitán de ladrones? ¿Vos, que dáis vida eterna, merecéis sentencia de muerte? Yo soy el que la merezco; yo vivo y Vos morís, ¿y me queda ánimo para vivir y hablar? Oh dureza mía, ¿dónde quedas, comparada con esa blandura? ¿Dónde quedas, miseria, comparada con esa misericordia? ¿Dónde queda mi tibieza y frialdad, á vista de ese

fidélisimo amor sin medida? Vive el culpado, y muere el inocente; libráis al siervo, y muere el Soberano.

¡Oh buen Jesús! Mostradme ese corazón; dejadme ver lo que sentisteis en él cuando se pronunció esta sentencia; el amor con que os determinasteis á morir; la obediencia con que os sujetasteis al Padre Eterno; la paciencia con que os dejasteis poner en compañía de dos ladrones; la mansedumbre con que á todo callasteis, sin resistencia ni queja; y la caridad con que todo os entregasteis á los que os hubiesen menester. ¡Oh amor divino, oh amor puro! ¿Por qué no me consumes todo en esta hora? ¿Por qué no me sujetas á este Señor? Adórote amor infinito, adórote liberalidad inmensa, adórote corazón verdadero de Jesús, de perfectísimo Salvador, de copiosísimo Redentor, de abundantísimo remedador, y de fidelísimo amigo de mi alma. A este mismo corazón pido luz para conoceros; amor para amaros; rendimiento para obedeceros; aborrecimiento de mis grandes pecados, que tanto trabajo os dieron; contradicción de mí mismo, y no tener otro cuidado que el de contentar á Vos, mi bien y única gloria mía.

Pero, Señor; ¿qué palabras son las que vuestro Evangelista San Lucas dice aquí, que Pilatos juzgó que se cumpliese la petición de los judíos, y les soltó á Barrabás que ellos pedían y que por revoltoso y homicida estaba preso, y á Jesús se le entregó á la voluntad de ellos? ¿Para Vos, Señor, se guarda tal desorden que sirva la voluntad de razón y el odio de justicia? ¿Y sin culpa ni causa, os entregan á la voluntad, y voluntad tan dañada de vuestros enemigos? No hay mayor desorden en el mundo que gobierno fundado en voluntad, y ser ella la total razón de lo que se hace; pues esto sólo es propio de Vos, cuya voluntad es buenisísima, sapientísima y llena de toda razón y justicia; pero lo que en el mundo se tiene por mayor desorden y causa de todos los males, esto se usa con Vos para quitaros la vida, más apreciable que cuantos bienes hay en el cielo y en la tierra. ¡Oh vergüenza y confusión mía! ¿qué diré, Señor, cuando veo que os entrega por mí á la malvada voluntad de vuestros enemigos, y yo no acabo de entregarme á la vuestra? Basta para razón de sentenciaros á muerte el que lo quieran así los que os quieren mal; y no basta para aquietarme y consolarme yo en todo saber que así lo queréis. Yerran aquellos en todo y os dejáis entregar á su voluntad; Vos en todo acertáis y pretendéis mi bien, y no me someto á Vos. ¡Oh desorden mío, oh dureza de terreno corazón! ¿qué podéis Vos querer de mí que no sea para mucha gloria vuestra y provecho mío? Las cruces me las dobláis en glorias; los trabajos me los convertís en descanso; las sinrazones las tomáis por razón para guardarme justicia; los dolores me los mudáis en placeres celestiales; las tentaciones y desconsuelos, en conversación y abrazos vuestros suavísimos; á la muerte la hacéis pasaje para la vida eterna, y con todo eso me quejo, huyo de Vos y no me basta que Vos queráis las cosas para que yo me sujete á ellas. ¡Oh terreno corazón! ¡Oh bajeza de espíritu! ¡Oh frialdad mayor que la del

hielo! Múdesse esto, Señor, desde ahora para siempre; yo me entrego todo á vuestra voluntad, ni quiero otra razón para mí que ordenarlo Vos así. Aquí me fijo en esta Cruz; aquí me otrezco, para que en nada se haga mi voluntad, sino la vuestra en todo y por todo, ahora y siempre, en la vida y en la muerte.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, oveja sin mancha, amantísima y obedientísima, que oísteis la cruel sentencia contra vuestro Cordero Jesús, y con Él sentisteis llena de dolores indecibles su trabajo, y sin resistencia obedecisteis; tomad, Señora, mi causa, y alcanzadme esta obediencia humilde y mansedumbre obediente; y sea yo en todo un vivo instrumento de la voluntad de Dios, logrando que se cumpla en mí sin ninguna contradicción. ¡Oh ángeles y bienaventurados, cautivos de la voluntad y obediencia de este Señor! Ayudad á este pecador para que, con vuestra intercesión, alcance gracia de vivir en la misma obediencia, y que su voluntad se haga en esta miserable alma en la tierra como allá la hacéis en el cielo. Amén.

TRABAJO XLII

La Cruz á cuestas.

DADA la sentencia de muerte contra el Señor, trabajaron los sacerdotes y príncipes de los judíos en que se ejecutase prontamente, á fin que Pilatos no tuviese lugar de pensar en lo que había hecho, y se arrepintiese, revocando la sentencia. Mostraban bien en todo la condición del demonio su padre, cuyas obras hacían, el cual, sabiendo cuán feos y perjudiciales son al alma los pecados, y cuán temidos y huidos serían si fuesen conocidos, no trabaja menos por divertir y cegar el juicio con algún pequeño y falso gusto para no ver el mal, que para hacerlos cometer; así éstos, mientras el pueblo inconsiderado estaba amotinado contra el Señor, pidiéndole la muerte, y Pilatos cansado de los gritos y motines, quisieron aprovecharse de tan buena ocasión para no dar lugar al pueblo ni á Pilatos de que pudiese mudar de parecer. Y como toda aquella mañana estuvieron forcejeando sobre la muerte del Señor con determinación de conseguirla por cuantos medios pudiesen, en la misma mañana mandaron hacer la cruz, para que, en dando la sentencia, se hallase todo aparejado.

Así fué: porque en oyéndola publicar, apareció todo prevenido, y trajeron la cruz á la puerta de Pilatos, y allí la enarbolaron, para que el pueblo la viese y se empenase más contra el Señor, y El mismo la llevase acuestas al Calvario, donde había de ser clavado en ella misma. También estaría allí prevenido el carpintero con los clavos hechos á propósito en aquella mañana, y todas las herramientas necesarias, á fin que nada detuviese la muerte del Señor. El cuidado y ardimiento sobre estas cosas; la diligencia de los que las mandaban; el tener presente cuanto era necesario para que nada faltase; el repartir cada cosa entre quien mejor y más sin piedad

la cumpliese; el ordenar la soldadesca para que la multitud del pueblo, lo que se había juntado, no cerrase el camino ó quisiese impedir la muerte del Señor; los consejos que acerca del Cordero inocente se tenían, son indecibles: de todo habría mucho, y cada cosa se haría con mucha crueldad y sin humanidad. Sólo el immaculado Cordero trataba de cumplir la profecía de que como oveja se dejaría llevar á la muerte. Trajeron también los dos ladrones que á su lado habían de ser crucificados, para que con mayor afrenta le fuesen acompañando; mas no trajeron allí las cruces de los ladrones, porque este género de tormento y vilipendio de llevar á cuestas la propia cruz en que había de ser ajusticiado, no se practicó con ninguno sino con el Señor.

Mientras esto se disponía retiraron al Señor de donde había oído la sentencia, metiéndole en el lugar donde había sido azotado, y le quitaron el vestido de púrpura, desatando las sogas de las manos y pescuezo, y le pusieron sus vestidos, que era túnica blanca sin costura, y otra ropa morada larga de lana (como hasta ahora se ve); y como eran cerrados por delante, le causaron grandísimo dolor al pasar por la cabeza, porque movieron la corona de espinas y renovaron las llagas, haciendo correr de nuevo la sangre por todas ellas. Aunque el vestido de púrpura era más afrentoso, resolvieron los judíos que fuese en su acostumbrado traje, á fin que todos le conociesen. El Señor tuvo diversa intención en permitirlo, porque los judíos lo hicieron con fin de que nadie le desconociese para mayor vilipendio; y el Señor, para que ninguno pudiese alegar ignorancia en lo que había dicho, de que el que quiera ser discípulo tome su cruz y le siga; á este fin, en una de las horas más claras del día, por las calles más públicas, acompañado del pueblo, y en su acostumbrado traje, iba delante de todos con su cruz, para que á ninguno le pese de que sean muy públicas y sabidas las cosas de que más se precia.

Muchas veces vemos largas relaciones de la nobleza de la sangre, de cargos públicos, de hazañas sobresalientes en los soldados, que sobre todo se precian de estar feos y estropeados por las cuchilladas que cortaron las facciones naturales y más airovas, que otros aprecian, porque son pruebas patentes del esfuerzo y valor de la persona, en que se gana más honor que en la integridad conservada por ocio. Cristo nuestro bien, que predicó se desdenaría tener por siervo al que no se honrase mucho imitarle crucificado, hace tanto alarde de su cruz, que toma su acostumbrado traje para hacer más público cuánto se precia de ella, y á todo cristiano deja muy patente el camino por donde claramente entienda el modo de seguirle.

Preparado todo lo necesario para la última y más trabajosa jornada, que el Señor había de hacer en esta vida para el sitio donde había de acabar, salió el inocentísimo Cordero en su traje acostumbrado, con una soga al cuello, otra por la cintura, de la que tiraban algunos alguaciles, y sueltas las manos para que pudiese

asegurar la cruz, que había de llevar. Abierta la puerta, entró en un cerco hecho por los soldados para cogerle en medio, teniendo enfrente la cruz en que le habían de clavar. Era aquel tormento hasta entonces la cosa más afrentosa del mundo, en tanto grado, que se tenía por maldito todo el que moría en cruz, y sus hijos y casa quedaban inflames; por lo cual no se daba este género de muerte sino á la gente más baja de la república, ó á los que, por enormes culpas, merecían la infamia; pero desde esta hora en que Cristo, Hijo de Dios vivo, Señor y Redentor del mundo, la había de santificar con sus brazos, hombros y sangre, empezó á tener la honra y aprecio en que se halla y estará en la tierra hasta el fin de del mundo, y en el cielo eternamente en gloriosa memoria. Y como el Señor deseaba poner bandera y juntar gente de distinción y valor para el cielo, que había de ser sólo la crucificada, luego que vió la cruz, para la cual le habían dejado sueltos los brazos, hasta allí atados, la saludó en su corazón con tanto agrado, la miró con tal gracia y abrazó con tal amor, devoción y ternura de aquel amoroso y divino pecho, cual nunca podrá nadie abrazar las cosas más queridas y deseadas.

No le espantó su peso, lo ancho ni lo largo (que era de veinte palmos de alto y de diez por los brazos, capaz de mantener á un hombre sin blandearse), ni le causó recelo la debilidad en que se hallaba con tanta sangre derramada y el quebranto de los grandes trabajos que aquella noche y mañana había pasado, y no estaba para llevar tanto peso; antes bien le echó los brazos, no como á tormento suyo, sino como á compañía que en toda la vida deseaba, como á muy amada esposa, como único amparo de los suyos, como bandera de su triunfo, como norte y guía de los escogidos y como pregonera de su amor. Allí se dieron las manos y se desposó con ella, quedando ambos una cosa, no como los pecadores Adán y Eva en una carne, de que procedemos, hijos de ira, sino en un espíritu, con que somos renovados en la gracia. Allí la santificó, la honró y le dió tal precio, que aunque sólo la muerte los apartó, quedó ella por tutora y amparo de los escogidos, debiéndosele la misma honra y adoración que al Hijo de Dios que la santificó. Con este amor y estimación la puso sobre sus hombros, y se hizo con ella alférez y capitán de los crucificados. Y porque no tenía en el cielo ni en la tierra persona de mayor aprecio y merecimiento, ni á quien más quisiese, y en cuanto hombre más debiese que á su sacratísima Madre, le dió el primer lugar debajo de esta bandera; y Ella le fué siguiendo con la más pesada cruz de dolores interiores que ningún otro justo, desde Adán hasta el fin del mundo, llevó ni llevará; por lo que debe quedar á todos manifiesto cuánta merced hace el Señor á quien da lugar junto á sí; y quien no le merece, considere dónde queda apartado de estas dos lumbreras del cielo y perfecciones de toda santidad, y cuán ciego está quien así no lo entiende ni desea.

Cada cosa de estas merecía largos discursos, porque tiene tanto

que encarcer y considerar, que en cada una de ellas hay bien que aprender y con qué edificar las almas. La honra soberana que á la cruz se dió; el esfuerzo y amor de este nuestro crucificado capitán; la compañía de los dos purísimos espíritus, primeros abridores y caminantes de la real senda de la cruz, y la compañía que toda alma cristiana les debe hacer, dan tanto en qué meditar, tan larga materia de amor y tanto en qué emplear el sentido y la vida, que no puede el proceso de la historia comprenderlo todo. Mas son minas de que se sacan riquísimos tesoros, y se abrieron públicamente para ser vistas y que no hubiese pobres de los bienes del cielo, sino que todo necesitado pecador cave aquí, halle aquí y de aquí saque cuanto hubiere menester, pues son suyos todos estos bienes, y á los pobres quiere este Señor, á ellos busca y á ellos desea. Muy fuera de toda razón será costarle tanto trabajo nuestro remedio, y quedar nosotros sin él por nuestra culpa.

Ninguna de estas grandezas del corazón y amor de este Señor aminoraba la grandísima afrenta, pena y trabajo que en todo padecía; porque su amor no se empleaba menos en mostrarse por inmensos géneros de padecer que en los grandes excesos interiores de voluntad, y gusto en remediarnos. Así tomó la cruz á cuestras, en que, además de su peso natural, llevaba la inmensa carga de los pecados de todo el género humano, las necesidades de sus criaturas y la obligación de dar valor á los bienes del cielo y de los justos de la tierra, que esperaban su sangre, porque por ella fueron aceptos á Dios los pasados, los presentes y cuantos estaban por venir. Con tal carga comenzó el Señor su camino, llevando delante el pregonero con gran chusma de muchachos, que todo lo llenaban con sus gritos; después de ellos los ladrones que habían de ser crucificados, y luego el Señor entre alguaciles cercados de soldados, los cuales, aunque el Señor iba bien fatigado con el peso de la cruz, aumentaban su aflicción con empujones, golpes con las puntas de las sogas y patadas con la crueldad que podían; y detrás los sacerdotes, letrados, fariseos y príncipes de los judíos, con muchas risotadas y blasfemias, viendo ya puesto en ejecución lo que tanto habían deseado, y no se apartaron más de aquel negocio porque de nadie se fiaban, sino de sí, hasta dejarle muerto en la cruz.

Entre estos enemigos caminaba el Señor fatigando sus hombros con el peso de la cruz, esforzándose á más de lo que alcanzaba su debilitado cuerpo; mas por no soltar ni desprender de sí, en cuanto su debilidad le permitía, la amada cruz, con quien se había abrazado con sumo amor y obediencia, caminaba afrentado, sudando, renovando las llagas y goteando de ellas sangre por todo el cuerpo, hasta que, fuera de la ciudad, se le acabaron las fuerzas y (según algunos dicen) cayó en el suelo; lo que no sería sin algún género de desmayo del estómago por la mucha debilidad, sin alimento, y la mucha sangre que en aquella noche y día había derramado; ni faltaría algún vahido de cabeza, traspasada de espinas con inmensos dolores que no le permitían alivio en tan inmenso conjunto de tra-

bajos. La inhumana compañía que llevaba, en lugar de ayudarle, se llenaría de rabia, atribuyendo á fingimiento la flaqueza, y le darían empujones y patadas con injuriosas palabras para que se levantara y volviese á tomar la cruz. El inocente Cordero sacaba fuerzas de flaqueza, tomaba la cruz, y no podía levantarla; manifestaba desearlo, mas le faltaban fuerzas; porque iba tal, que necesitaba reservar la poca vida que tenía para darla en la cruz. Oía las voces de los lobos; pero callaba, sufría y padecía, hasta que ya se desengañaron que no podía más.

Sentían mucho los sacerdotes y príncipes de los judíos aquella detención, por el grande empeño que tenían en elvarle en la cruz, y les parecía que podía no llegar al sitio donde le querían clavar; y en lugar de confortarle con algún alimento, se valieron de un labrador que venía del campo á la ciudad, llamado Simón Cirineo, padre de dos discípulos de San Pedro, Alejandro y Rufo, con quien se ajustaron para que llevase la cruz hasta el Calvario. Tomándola Simón Cirineo, hicieron aligerar el paso al Redentor que caminaba delante, no con menos trabajo que si llevara la cruz, por los empujones y golpes que le daban. Este encuentro de Simón da con razón envidia á las almas devotas, porque llegando á este paso todos desean esforzar la debilidad del Señor y quitarle la carga, no para que llegue más presto al Calvario, sino para aliviar el inmenso trabajo. Pero lo mejor es cumplir estos deseos, llevando junto á él las cruces que nos da, mirándole con amor y deseo de imitarle; porque si permitió que otro le llevase la cruz, aunque alquilado, fué por la significación que en esto figuraba de los muchos que en su Iglesia le habían de seguir crucificados, de cuya compañía se iba ya complaciendo. Consintió que otro llevase la cruz por alquiler, guardando para sí solo el ser en ella clavado, porque el fruto de este trabajo es que saquen todos de él algún provecho. A Simón le valió el llevar la cruz, además de su alquiler, el que el Señor le tomase por sus siervos é imitadores á los dos hijos que tenía. Pues qué hará con el que por voluntad y elección le siga, llevando las cruces que su Majestad le quiera dar? Con aquella ayuda de Simón llegó Cristo más presto al Calvario, bien fatigado, y el descanso que allí había de tener era ser crucificado.

Entre tan inhumana compañía de soldados y pueblo amotinado, no faltaron algunas mujeres devotas que le seguían, lamentándose y llorando sus trabajos, el desamparo en que las dejaba la falta de su doctrina y milagros; y llegándose á sitio donde pudieron hablar con el Señor, las consoló diciendo: *No me lloréis á mí, sino á vosotras y á vuestros hijos; porque vendrá día en que dirán: dichosas las mujeres infecundas, y los pechos que no criaron hijos; y á los montes, que caigan sobre ellas, y los valles las cubran: porque si en un palo verde pasa esto, ¿qué será en el seco?* Esto dijo el Señor por los grandes trabajos que habían de sobrevenir en aquella ciudad y pueblo por la injusta muerte que le daban, significando también los terribles castigos que vendrán sobre los que no

se aprovechen de su muerte. Y si los pecados á cuya satisfacción se ofreció Cristo le dieron tan inmensos trabajos, hallándose inocente y floreciendo allí el verdor de toda hermosura, inocencia, gracia, amor, sabiduría, merecimientos infinitos, y todos los bienes espirituales y divinos, ¿qué harán los castigos de los pecados en los que hallaren tan secos de merecimientos y tan apartados de la gracia de Dios, que no les valga la sangre del divino Cordero derramada por ellos para detener la mano del castigo? Esto sintió el Señor más que sus mismos trabajos; su memoria le iba afligiendo y lastimando más que sus mismos dolores. Por tanto aconsejó á todos en aquellas mujeres que derramasen ante Dios sus lágrimas por sí mismas, más que por El; á fin de merecer los frutos de la sangre que por ellas se derramaba y librarse de los castigos prevenidos contra aquella ciudad y pueblo. ¿Quién dijera que un hombre tan alligado pudiera tener cuidado de otra cosa que en los inmensos trabajos que le cercaban? Pero claramente manifestó el Señor cuánto más presentes tenía nuestras culpas que sus penas; cuánto más sentía nuestros trabajos que los suyos, y que ninguna cosa llevaba más por delante que el remediarlos. Este es el que en la hora de las honras, cuando Jerusalén le recibió con fiestas y ramos de todo el pueblo, iba llorando los trabajos que aquella ciudad había de pasar y la destrucción con que, por la ceguedad y pecados, había de ser castigada; y esto mismo es lo que le ocupa la atención en medio de sus mayores tormentos. Nosotros éramos los que vivíamos siempre en su corazón; nuestras necesidades le robaban el cuidado y amor; y como las conocía mejor que nosotros, y siempre las tenía presentes, todo trabajo suyo le parecía pequeño, y todos los nuestros grandes; por tanto, nada le detenía para padecer cuanto padecía por remediarlos.

Este trabajo parece está pidiendo que se trate aquí de la doctrina de la cruz; pero el espejo divino de los ejemplos del Señor está tan claro, que El por sí, sin más palabras, alumbró los ojos del alma y descubre las verdades encerradas en su cruz. Sólo diré, que la mayor merced que el Señor hace en esta vida á las almas, es darles la experiencia é imitación de su cruz, y traerlas siempre crucificadas sin dispensar en esto. Pero también afirmo, que sin luz particular no puede ser conocida esta verdad. En su Majestad vemos escoger para sí esta muerte, llevar la cruz á cuestras para ser en ella clavado (cosa nunca vista en otro), abrazarla con gusto, caer y persistir en llevarla; tomarla otro para que El pueda llegar á que le claven en ella, ser allí descuyntado, y después de clavarle no dejarla, sino que aun después de muerto sea otro el que le quite de allí, y entonces la deja por herencia á sus escogidos. En ella constituyó todas sus victorias, y en ella recibimos nosotros todos nuestros bienes. Ve que los crucificados, y que más imitan al vivo aquel ejemplo, son los más aceptos al Señor; por tanto, me vuelvo á asegurar en lo dicho: que quien no siente en su corazón esta pura verdad (que la mayor merced que de Dios puede recibir es hacerle

digno de cruces, y que quien las tiene recibe en ellas mayor dádiva que cuantos bienes tienen los justos y contemplativos), quien esto no perciba, se tenga aun por ciego, y pida al Señor con oración muy eficaz y perseverancia, luz para conocer esta pura verdad. Y si Dios le hiciere merced de ella, procure no ser ingrato; sino tenerla por riquísimo tesoro, y abrácese con las cruces como única y cierta prenda de los bienes eternos.

COLOQUIO DEL SEÑOR Á LA CRUZ

Salid, mi buen Jesús, mi Rey, mi guía y pastor de mi alma; salid, que ya está aquí enarbolada vuestra amada cruz que tanto há deseáis. Consagra-la y santificadla, para que sea compañera y gloria de todos los escogidos. Al punto que la veis os arrebató el amor, y sin palabras la decís con el corazón: Ven, mi amada, á quien toda la vida he deseado. Tú eres la escogida esposa á quien sirvo y á quien espero por espacio de treinta y tres años. Tú eres la tesorería de mis riquezas, triunfo de mis victorias, gloria y corona de mi amor. Hoy seremos unidos en desposorio eterno; quien te sirviere á tí, me sirve á mí, y quien te despreciare, á mí me desprecia. Tú serás de aquí adelante la honra de los míos; y quien de tí se preciare será honrado, el que de tí se corriere, será abatido. Hoy me recibirás en tus brazos, hoy te bautizaré con mi sangre, hoy quedarás hecha madre y amparo de todas las naciones. Por mí serás honrada para siempre, y yo por tí seré de todos conocido; y quien no me quisiere cautivo y preso de tí no será por mí favorecido. Aquí te abrazo como mi íntima amiga, deseada mía y compañera perpetua. Ponte en estos hombros, vamos al lugar de la muerte, hagámosle lugar de la vida, reinemos, venzamos y honrémonos juntos; acábase hoy tu deshonra y comencemos á triunfar en gloria. La muerte sólo apartará de tí mi cuerpo, más nada te podrá apartar del amor de este corazón; viviremos y reinaremos para siempre; tú serás la tutora y amparo de los hijos que hoy traeremos á nosotros de todas las partes del mundo. Temblará de tí el infierno, y contigo se alegrará el Paraíso. Toma estos brazos, este cuerpo, este corazón, este amor; el que me deseara y buscare tómete por su guía, y cuanto de mí quisiere por tí lo alcanzará. Á quien tú marcarés será reconocido por mí, y á quien tú acompañares nunca le faltará mi protección.

NOSOTROS Á LA CRUZ

Te adoro, señal de la salud, precio de la gloria consagrado con los brazos y sangre de mi Jesús. Te adoro, bandera de sus batallas, guía de sus escogidos, triunfo de sus victorias, amparo de sus siervos y señal de sus hijos. Te adoro, sabiduría escondida, luz no conocida del mundo, honra de los que te sirven, seguridad de los que te llevan, corona de quien te abraza, premio de los que te aman, y salvación de los que á tí se entregan. Quien en tí muere, vive; quien en tí vive, reina; quien te ama, está contento; quien te desea, acier-

ta; el que te abraza, tiene toda riqueza. Adórote, árbol de la vida, que llevas el fruto de que todos vivimos, el Hijo de Dios vivo. Adórote, justísima balanza que á ninguna parte te ladeas, y sólo en ti es conocido el justo valor y peso de las cosas. Quien por ti tiene precio, es estimado por Dios; y quien á ti no aprecia, es despreciado. Adórote, verdadera y propia figura del amor divino, que en ti arde y resplandece. Tu altura penetra los cielos; tu estatura es la más recta, segura, justa y desprendida de todo lo más vicioso de la tierra. Tu pie penetra el centro de las cosas, lo ínfimo de los corazones, y llega hasta el infierno; tus brazos nunca se encogen, antes se alargan á todas las partes del mundo; tu rostro nunca se arruga; de ninguno huye, á ninguno se oculta, á nadie desprecia ni le arroja de sí. A todos los recoges á tu sombra; á todos amparas, para todos estás descubierta y aparejada; nada temes, nada recelas, no quieres sino corazones, y tu título y corona es de reinado y gloria. Quedaste ardiendo siempre en el amor del que en ti se sacrificó, y á todos los que te buscan y aman comunicas ese fuego. En ti se halla la salud y la vida; en ti la confusión de los enemigos; en ti la comunicación de la suavidad soberana; en ti la fortaleza del corazón; en ti la alegría del espíritu; en ti la suma virtud; en ti la perfección de la santidad; en ti la salud del alma; en ti la esperanza cierta de la gloria. Por tí vuelven al camino los errados; los ciegos en el alma son por tí alumbrados; los ignorantes aprenden por tí, y se hacen sabios; por tí son recibidos los pecadores; y en tí son justificados. El mundo en tí se confunde; la soberbia es en tí derribada, y en tí se corona la humildad. Tú confirmaste á los apóstoles; consagraste á los mártires; diste victoria á las vírgenes; santificaste á los justos; alegras á los ángeles; sustentas y acrecientas la Iglesia, y Tú eres la que pueblas el paraíso. En el día del juicio vendrás delante de Jesús, para gloria de sus amantes y perpetua confusión de sus enemigos.

Aquí me ofrezco á tus pies; aquí te abrazo; aquí te tomo por mi perpetuo amparo, por mi luz, por mi sabiduría, mi guía y seguridad en el destierro. Nunca me dejes ni te apartes de mí. Aunque la carne es flaca y sienta como quien es, aunque sea rebelde contra tí, aunque te tenga miedo, aunque muchas veces rehuse llevarte y quiera huir, tú nunca me desampares. Tus dolores sean para mí salud; morir en tí sea vida para mí; ni haya hora ni momento de vida que no te halle junto á mí. ¡Oh mi buen Jesús! Crucifícame con vida que no te halle junto á mí. ¡Oh mi buen Jesús! Crucifícame con Vos en esta cruz; clavad en ella mi carne con vuestro temor; tras-pasad con amor de ella mi corazón; alumbrad mis ojos con vuestra divina luz, para que siempre vea y penetre las verdades de la sabiduría de la cruz. ¡Oh estenderte de la vida, precio de la gloria, verdadera encaminadora de los errados! ¿qué fruto cogí, y dónde fui á parar cuando de tí hui? Si te arrojé de mí no puedo librarme de trabajos, porque vivo en tierra cargada de dolores y de miserias, y caigo en muchos que me oprimen, desconsuelan, derriban y me inquietan. Si huyo de tí por servir al mundo, éste me quita la pez del

corazón, el consuelo seguro, la sabiduría del cielo, y me roba todo el bien, me maltrata y me trae arrastrado. Si huyo de tí por servir á la carne, vivo en perpetuos mares de perturbaciones. Si huyo de tí por el amor propio, y por la vanidad, siempre ando hambriento y disgustado. Y entre todo esto ya falta la salud, ya la honra, ya la amistad, ya la verdad y lealtad; lo que se desea nunca llega; lo que llega, luego se pierde; las esperanzas quedan vanas; la vida no tiene seguridad; la muerte es llena de miedo y de tormento; porque en todo esto hay innumerables cosas que ensucian la conciencia, muchas que atribulan, y ninguna que verdaderamente sirva de consuelo; ni queda de todo ello sino lágrimas, aflicciones sin alivio y pérdidas del alma y del cuerpo, sin refrigerio.

Tal he sido hasta hoy, cruz santísima, porque hui de tí y porque no te abracé de corazón y con amor. No así los tuyos; pues á los que tienes alligados, desconsolados, abatidos y desamparados en el mundo, los estás fabricando coronas de perpetua gloria. Pacificas su corazón, limpias la conciencia, justificas el alma, enriqueces los espíritus, alientas su flaqueza, aseguras las esperanzas, alumbras la fe, enciendes la caridad; y los que más parecen que se hallan por tí abatidos, por tí son ensalzados, esforzados y enriquecidos. Si quitas los bienes temporales, das los del espíritu y paraíso; si quitas los amigos, llenas de amor divino; si quitas honras, haces hijos de Dios; si llenas de injurias, das coronas de gloria; si desamparas interiormente, abrasas con divina y secreta virtud el corazón, y si desamparas por fuera, unes por dentro el alma con su Dios. A los que prendes, los libras; á los que cargas de hierros, sueltas de las culpas; á los que quitas la hacienda, llenas de tesoros del cielo; y cuando pareces más rigurosa, entonces te halla más suave el que te ama. ¡Oh, quién nunca hayese de tí! ¡Oh, quién nunca te arrojase de sí! ¡Oh, quién conociese tus secretos! ¡Oh, quién entendiese las dichas que en tí se hallan cerradas! Tú traes á los hijos de Dios olvidados en el mundo, abatidos, desterrados, perseguidos, llenos de lágrimas, de pobreza y de miserias, desatendidos, despreciados, por los pies de todos; y de éstos con quien te muestras más cruel, eres la mayor amiga. Por dentro los traes contentos, vivos, ricos y sabios; viven si no los dejas, mueren si los desamparas; arden en tu amor, desprendiéndose de lo que el mundo ama, y sólo en el cielo vive su corazón. ¡Oh cuán ricos, oh cuán contentos, oh cuán satisfechos, cuán sabios, cuán divinos y endiosados andan por tí y en tí! Desaan desprendirse de todo, y vivir con Cristo; todo los cansa, todo les fastidia; sólo padecer en tí, sólo abrazarse contigo, sólo arder en tí con divino fuego los consuela. Y tú, fidelísima amiga, verdadera compañera suya, vendrás con ellos en el día del Juicio para honrarlos, coronarlos, glorificarlos y confundir sus perseguidores y enemigos. ¡Oh luz del paraíso, oh puerto seguro de los atribulados! Recíbime en tu compañía, y sea yo por tí levantado y unido á aquel que en tí fué por mí crucificado.

¡Oh Madre de Dios, compañera fidelísima de la cruz y de este

Señor, y con ella llena de soberanas riquezas! No salga la cruz de mi morada, ni su luz de mi alma. ¡Oh corte congregada y coronada con la virtud de este árbol de la vida! Merezca yo por Vos ser del número de los crucificados, para lograr también ser de los glorificados. Amén.

EJERCICIO DE CRISTO CON LA CRUZ Á CUESTAS

No rehusáis, bien mío, tomar esa pesada cruz en vuestros hombros, aunque os halláis tan extenuado por la mucha sangre que habéis arrojado del cuerpo, y tan débil por los tormentos, que estáis hecho una viva llaga; sabéis que no habéis de poder con tan pesada carga, y con todo eso la tomáis sobre Vos. ¡Oh Dios de amor! Vuestra caridad juzga que todo lo puede, y nada halla imposible. Renuévansen los gritos y alborotos del pueblo contra Vos, los golpes de los verdugos, la furia y prisa de los fariseos para acabar con vuestra vida, las injuriosas palabras con que os tratan, los empujones que os dan; y Vos entre ellos, Cordero divino, con menos fuerzas corporales y más cansado, abriéndose de nuevo las llagas, cubriéndose de sudor mezclado en sangre, afrentado y quebrantado con imponderable trabajo, parece que os renováis en el amor, en el sufrimiento, en el silencio, en la obediencia y gusto de padecer por mí. ¡Oh, bendito y glorificado, adorado y amado seáis de toda criatura! Sobre esa cruz, Redentor mío, lleváis los pecados de todo el mundo para clavarlos en ella y satisfacer por todos. Ahí os abruman mis gravísimos é innumerables pecados; ahí os van dando inmenso trabajo y aflicción. Con los pies por el suelo camináis; pero vuestro corazón va penetrando en el cielo, rompiendo el pecho del Eterno Padre con interior clamor por los pecadores, mereciéndonos la divina misericordia y abriendo el camino real del paraíso, que es la cruz hasta ahora no conocida del mundo.

En ese vuestro silencio vais clamando y convidando á todos á que os sigan é imiten, que así hallarán todos los bienes y el verdadero descanso. Ahí lleváis en pos de Vos á la primera, á la mayor y á la más fiel amadora, vuestra Madre y señora nuestra, á quien la cruz va atormentando imponderablemente. Ahí vais hecho alférez y jefe de los justos, pregonando guerra contra la carne, contra el mundo, contra el demonio y todos los pecados. Ahí vais descubriendo los secretos de vuestro amor y confirmando el pregon que echasteis por el mundo, que quien no toma su cruz y os sigue no es digno de Vos. Ahí vais vestido de vuestra propia ropa, dejada la blanca de Herodes y la encarnada de Pilatos, para que ninguno os desconozca y todos sepan quién sois y que sólo os preciais de la cruz. Ahí quitáis todas las excusas del regalo de la carne y de la vanidad de la vida. Ahí vais santificando las lágrimas, las persecuciones, las injurias y todos los trabajos. Ahí vais alumbrando los entendimientos, inflamando las voluntades y abrasando á las almas que llamáis á vuestra imitación; vais desengañando al mundo, condenando sus leyes, practicando vuestra doctrina, confirmando las

verdades, cautivando y obligando á los corazones á que os acompañen, abrazando en esa cruz á todos los afligidos, que por vuestro amor son atribulados. Y para que nadie piense que por estar después clavado en la cruz sin poder juntar los brazos, os faltará amor para recibirlos á todos, ahora, antes de ser clavado, abrazáis en ella á los pecadores, á los justos, á los afligidos y á todos cuantos quisieren vuestro honor y compañía, mirándolos como hijos, por cuya vida morís.

¡Oh mi Rey, mi Capitán, mi amor, mi esperanza, mi guía, mi soberana verdad, mi gloria, mi verdadera vida, mi sabiduría verdadera, mi clara luz y todo mi bien! No dejéis á este vuestro indigno siervo fuera de esa compañía, donde Vos y la sacratísima Virgen, columnas del cielo, purísimos y más amados espíritus del Padre Eterno, vais los dos abrazados en vuestras cruces. ¿Qué será de mí fuera de ellas? ¿Qué camino puedo llevar cierto y seguro si me desvío de vuestra cruz? Llevadme, Señor, tras de Vos; nunca apartéis de mí vuestros ojos y vuestra cruz. A Vos quiero seguir; á Vos quiero imitar; con Vos me quiero crucificar, y más quiero con Vos cruz, que sin Vos todos los descansos de la vida. Veis aquí el cuerpo, pies, manos, cabeza y miembros; veis aquí el alma; veísme aquí, todo me ofrezco en vuestras manos; todo sea con Vos lleno de cruz y de dolores. No permitáis que jamás sepa ni entienda otra cosa; ni permitáis que jamás rehuse ni huya de trabajos y cruz, por pesada, dura y áspera que parezca. Más quiero ser desconsolado, afligido, deshonrado y perseguido con Vos, que honrado de todo el mundo. Desde el principio tuvieron vuestros escogidos cruces y trabajos, y los que más os aman, son más atribulados con Vos; pues yo, miserable, ¿cómo os he de contentar, y cómo puedo ser de los vuestros huyendo de vuestra bandera y vuestra cruz?

¡Oh Hijo de Dios vivo! Si yo os amara de todo corazón y sirviera por millares de años en muchos trabajos con esperanza de que me habíais de venir á acompañar en ellos por una sola hora, y sufrir por mí un ligero trabajo, ¿no fuera todo muy poco para merecer una tan gran merced? Pues ahora que os llevo por delante, mi Dios y mi Señor, tan cargado de dolores, tan afligido de tribulaciones, hecho mi Capitán y guía con esa cruz á cuestras, brindándome á seguiros en otros mucho más pequeños trabajos; ¿cómo no ardo en deseos de padecer por Vos? ¿Cómo tengo por grande á ningún trabajo? ¿Cómo no tengo por perdida la hora en que estoy sin cruz y sin aflicción por vuestro amor? Mi carne, como flaca, siente y gime con el dolor; como ciega quiere huir de la Cruz; como perversita la aborrece; pero, Remedador mío, poderoso es el espíritu que ahora me vais mereciendo, y el amor que me mostráis para hacer vuestras maravillas en esta miserable tierra, y mudar esta flaqueza en gusto de padecer muchas cruces con Vos. ¿Cuándo, mi atribulado Jesús, me veré con Vos atribulado? ¿Cuándo, amigo de esta alma miserable, me veré por Vos como os veo por mí? ¿Cuándo será todo mi consuelo llevar con Vos muchas cruces y aflicciones, como Vos

me mandáis? ¡Oh única salud de mis miserias! Quiera esta enferma carne, ó no quiera, Vos sabéis cuánto más seguro estoy, más cercano á Vos, más sabio, más vuestro discípulo y amigo, cuando la cruz me atribula, que cuando me deja. Pues, Señor, haga la carne su oficio cuanto quisiere; Vos sabéis lo que me conviene; no dispenséis con ella, sino afligidme y atribuladme con Vos, ayudad y esforzad mi flaqueza á llevar las cruces que me diereis, y no me dejéis querer jamás otra cosa.

Vos, Señor, que conocéis con infinita sabiduría mis yerros, sabéis cuán errado voy cuando ando fuera de este camino. El mal se me figura como bien, la vanidad la tengo por verdad, las obras de naturaleza pienso que son de gracia; justifico lo que había de reprobar, estimo lo que había de aborrecer, hago caso de la honra, aprecio mi persona, traigo el corazón derramado, ocioso de Vos, ocupado en mí y en el mundo; y lo que con mil lágrimas debiera decir, traigo el alma tan apartada de Vos, mi infinito y soberano bien, que peco y no lo siento; os ofendo, Dios mío, y no hago caso de ello; córrome de que se entienda quien soy; encúbrole, porque me juzguen de los vuestros, siendo enemigo de vuestra compañía en la cruz. ¿Qué diré, Señor mío? Arrójome á esos pies; Vos sabéis quien soy, y Vos veis la miseria de este corazón, cuando la carne se huelga sin el freno de la tribulación y de la cruz. Lo que entonces hago, es lo que ahora os puse en este estado; eso es lo que ahora vais pensando y satisfaciendo; eso os va cargando y consumiendo. Pues, vida de mi alma y todo mi bien, ¿cómo he de vivir yo contento con lo que os va matando? Acabadme, Señor, en esta hora para que no os ofenda en adelante, ó ponedme desde ahora esa cruz, pues lo que yo no puedo, Vos, fidelísimo y poderosísimo socorredor mío, me daréis fuerza y espíritu para poder llevarlo; Vos alumbraréis mi entendimiento, abrasaréis mi corazón en vuestro amor y haréis en mí vuestras acostumbradas conversiones y maravillas. Aquí renuncio todo consuelo de la vida; todo (si cumpliere para vuestra gloria) se me convierta en cruces. Amigos, compañeros, parientes, conversaciones, y cuanto hasta ahora amé, se me convierta en cruz, para tener á solo Vos por amigo, compañero y única consolación. ¡Oh, cuán dichoso seré cuando esto llegare! ¡Cuán rico, cuando solo con Vos me acompañe! Entonces os diré con verdad: Único amor mío, único placer mío, único Padre mío. Entonces solo Vos seréis mi única bienaventuranza, cuando todo lo de esta vida me dejare, me crucificare, y yo de corazón lo renuncie; cuando Vos me recibáis, y con solo Vos me acompañe.

¿Dónde vais, vida de mi alma? ¿No me oís, que voy gritando tras Vos? ¿Habéis de llegar al Calvario sin mí? Dadme esa cruz antes que lleguéis; porque más príncipe de ladrones pareceréis entre tres que entre solo dos; á esos dos salvaréis, y si á mí no me quisieréis matar, quedará siempre crucificado por Vos. ¡Oh amor, oh amor mío! Matadme en esta hora con fuego de vuestra caridad, que me acabe, si he de pasar la vida sin emplearla toda en padecer por Vos.

Imprimid, Señor, en mi alma aquella gran verdad que dijo un crucificado en vuestra caridad: que si le hicieseis merced de una hora de trabajo por vuestro amor en satisfacción de treinta años de un leal servicio, no podía pensar el que recibiese aquel favor que tenía merecimientos para tan gran merced. ¡Oh escondida, pero cierta verdad! Pero yo, Señor, que no merezco nada, os pido por liberalidad de esa bondad que me hagáis esta merced, aunque no la merezco; que toda la vida y todas las horas me sean de cruz por vuestro amor, pues sé de cierto que eso es lo que más os contenta y lo que á mí más me conviene, aunque lo rehúsa mi naturaleza. Las fuerzas que para eso me faltan, Vos, liberalísimo franqueador de vuestros bienes, no las negáis al que crucificáis por vuestro amor. Amadme, Señor, y crucificadme.

¡Oh dichoso Cirineo, que alcanzaste por dinero lo que yo no merezco con lágrimas! ¡Que mereciste llevar la cruz y aliviar un poco á este divino Cordero en el inmenso trabajo que le oprime! Pues aunque es para que llegue más presto á la muerte, eso es lo que El desea. Tú vas tras de El con la cruz, sin entender lo que te pasa; si conocieses á ese Señor y supieses lo que llevas, no lo soltarías, pretendieras que te crucificasen á ti y que Jesús viviese. ¿No había, Señor, un amigo que de gracia y sin precio de alquiler llevase esa cruz? Pero, ¡oh Hijo de Dios vivo, oh amante fidelísimo de las almas, oh tesoro de la bienaventuranza! De solo Vos es propio llevar la cruz de gracia, pues todo lo que en ella merecís es para los vuestros, y no tenéis ni queréis otro premio que nuestro provecho. Todos los demás que os signen van alquilados de Vos, y aunque de su parte sean desinteresados, por la vuestra tienen paga segura. ¿Pero qué digo del desinterés? El más puro y más limpio en esta parte no pretende más que hacer vuestra voluntad, y el que más desinteresado se muestra, más la quiere; ¿pero acaso puede haber mayor interés en el cielo ni en la tierra? ¡Oh Dios de amor! ¡Oh amor de Dios, qué abastecidos y cuán ricos van los que con su cruz os siguen! No fué el Cirineo delante, sino tras Vos; porque no queréis dar la delantera á nadie, á fin de que los crucificados vayan alumbrados, esforzados é inflamados con vuestra vista. Y quien siempre os va viendo, luz del Paraíso, ¿qué va mirando? ¿Qué va recibiendo? ¿Qué va gozando? Calle aquí la lengua, calle aquí el corazón. Hablad Vos, Señor, que vuestro siervo oye; decid á este corazón, ¿qué es lo que ve? ¿Qué siente? ¿Qué lleva siempre ante sí el que á Vos os lleva delante? Amor lleva, y amor le lleva; ¿pero adónde, ó á qué? Al amor y á amar. Ameos yo, Dios mío, derrítame todo en vuestro amor. Abrasadme, amadme y llevadme Vos, divino amor mío, en pos de Vos.

¡Oh Madre de Dios, rica de cruces y de amor! Sin Vos no quiso vuestro Cordero la cruz, para pagaros el amor que os debía. Merecedme, Señora, que no quede yo fuera para que muestre en mí lo que merece su grande é inflamado amor. ¡Oh ángeles, oh ciudadanos del cielo, piedras vivas labradas con esta cruz para ese edificio celestial! Alabad por mí á este Señor; y pues me crió para vuestra com-

pañía, haced que por su cruz y con ella me guíe y me lleve, para que sea tal cual Vos sois delante de El. Amén.

TRABAJO XLIII

Ser clavado, levantado y descolgado en la cruz.

LLEGADOS al Monte Calvario, donde las demostraciones que el Señor había de hacer de su amor y los trabajos habían de llegar al último extremo, no concedieron al inocentísimo Cordero ningún espacio para descansar y tomar aliento del cansancio con que el camino le traía muy fatigado, sino que al punto los verdugos dispusieron clavar al Señor en la cruz, que fué el mayor trabajo de cuantos pudo su cuerpo tolerar. Quitáronle las sogas con que venía atado y los vestidos, que precisamente habían de ir pegados á la carne, ensangrentada por la muchas llagas; y al desnudarle sin compasión le renovaron las heridas, principalmente de la cabeza, cuyo corona de espinas se movía toda, renovando las llagas con inmensos dolores. Todo esto se hacía con enorme fiereza, sin visos de humanidad; pero el Señor obedecía en todo á los verdugos, como si fuera su esclavo; desnudábase, vestíase, volvíase á desnudar, daba las manos para que se las atasen, echábase sobre la cruz para que le clavasen, con tanta mansedumbre y prontitud, como si pronunciara aquellas órdenes el Eterno Padre.

Aquí aprenden los que de veras tratan de la paz interior, á no inquietarse en los sucesos contrarios y penosos; porque los falsos amigos, las sinrazones y adversidades en que se ven, las toman como mandamientos del cielo, y á sus contrarios como ministros de la ordenación divina, sometiéndose á todo y á todos aun en las cosas más contrarias, como á los divinos preceptos y ordenaciones; y de aquí nace el amor verdadero de los enemigos, porque no los miran como enemigos, sino como ejecutores de los consejos divinos, y sienten más el mal que ellos se hacen que el que de ellos reciben; porque toman la adversidad como cosa mandada del cielo para sí mismos y sienten sea ocasión de daño ajeno.

Quedó el purísimo Cordero en pie, desnudo y hecho una viva laga de pies á cabeza, goteando de todo El sangre á la tierra, enardeciéndose el dolor de las llagas con el aire, coronado de espinas, en figura la más lastimosa de cuanto se puede imaginar. Y como su corazón jamás estaba ocioso, es de creer que en aquel breve espacio en que estaban asegurando la cruz para clavarle en ella, aprontando los clavos, barrenos y sogas con que la habían de levantar en alto, el Señor levantaría los ojos y el corazón al cielo, ofreciéndose de nuevo á la pbediencia del Padre, con lágrimas muy ardientes, por la salud de los hombres; y sin duda los suspiros interiores y fervoroso ofrecimiento fueron oídos en el cielo y alcanzaron todo cuanto pidieron. Este es el modo de contentar á Dios y alcanzar luz para hacer las cosas con acierto y sobrelevar los tra-

bajos de la vida: no emprender nada sino comenzando por interior oración y ofrecimiento á Dios, aunque sea brevemente; porque no puede dejar de tener buen suceso lo que en Dios y con Dios se comenzare. Este paso es devotísimo para llegarse el alma al Señor, echarse á sus pies y recibir aquel sacratísimo rocío que de todo su cuerpo y llagas está goteando; y lavarle con la Magdalena los pies con lágrimas, antes que se los claven en la cruz; porque no aceptará menos estos amorosos deseos del alma, que los obsequios que allí le pudiéramos hacer, si estuviéramos presentes.

Llegáronse los verdugos al Señor y le dieron á beber un poco de vino mezcládo con hiel y mirra, que era una bebida inhumana, dispuesta únicamente para el Señor; pues en semejantes lances se acostumbra dar á los pacientes algún alimento confortativo para esforzarlos, y tal vez confecciones con que sientan menos el tormento; pero estos crueles ministros, atizados por los judíos, no consentían cosa alguna que aliviase al Señor, antes lo convertían todo en mayor tormento; y por esto en el vino, que podía confortar el estómago, mezclaron las cosas más amargas: hiel y mirra. Con esto se desayunó aquel día el Señor, sin tomar otra cosa más que el vinagre que probó cuando estaba para expirar, como luego diremos. No sé quién andaba más empeñado en estas cosas, si la malicia de los enemigos en inventar nuevos modos de tormentos, ó si el Señor en distribuirlos por su cuerpo en tal conformidad, que ningún miembro dejase de tener parte en los martirios. Lo cierto es que venció el Señor, pues traía sus miembros tan en competencia de cuál más padecía, que quiso atormentar hasta el paladar, garganta y entrañas con la aspereza de la hiel, mirra y vinagre, ya que no podían recibir otro tormento. Todo se puede creer del ardiente y divino fuego de amor que en El ardía; y éste merece bien que le correspondamos con otro amor tan relinado, que se tenga por perdido cuanto en nosotros hay si no fuere perfectamente empleado en su servicio.

Prevenida la cruz y cuanto era necesario para clavar al Señor, le mandaron los crueles verdugos que se echase sobre ella de espaldas. Obedeció el divino cordero sin resistencia, y se echó sobre la cruz con la corona de espinas por almohada, que le penetraba de nuevo la cabeza con inmensos dolores: los brazos abiertos, los ojos fijados en el cielo. Aquí se vió primera vez el cordero de Dios sobre el altar de la cruz ardiendo en su propio fuego de amor, con los brazos abiertos para recibir á todo necesitado, y con los ojos en el cielo, abriendo con ellos las puertas del Paraíso, cerradas hasta entonces por el pecado de Adán. Y como este es el Sumo Sacerdote por quien somos reconciliados con el Padre Eterno, y El es el sacrificio aceptísimo á Dios, por quien se perdonan los pecados del mundo, en viéndose sobre el ara de la cruz hizo sacrificio de sí mismo y se ofreció por todo el género humano con toda voluntad, con todo amor y con infinito deseo de la salvación de todos los hombres. Allí, sin duda, llamaban sus brazos abiertos á todos los